



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

EN TORNO DE LABOUCHERE

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre de 1913.

Me acuerdo de que cuando empezó a despertarse el interés por la vida política de otras naciones, que nomi patria, una de aquellas que más me atraían era la vida política inglesa. Y me soy el único, ciertamente, a quien le haya sucedido esto. La vida política inglesa ha gozado casi siempre del privilegio de ser la más traducible. Si Francia ha sido maestra de literatura y Alemania de filosofía y técnica científica, Inglaterra ha sido maestra de política. Y hoy mismo es muy dudoso que haya en país alguno político cuya obra se siga con más atención e interés fuera de su propia patria, que se sigue fuera de Inglaterra la de Lloyd George. Nuestros modas mismas si son literarias vienen de París, mejor aun que de Francia—pues Francia no se reduce a París, ni mucho menos, y la Francia de los franceses es una cosa y el París de los cosmopolitas es otra—pero si las modas son políticas nos vienen de Inglaterra, que es la escuela del constitucionalismo.

Y cuando empecé, siendo un mozo, a interesarme en la vida política inglesa, uno de los parlamentarios británicos que más me atraían era Mr. Labouchere, el director de «La Verdad», de «The Truth». Me encantaba la ruda sinceridad de sus opiniones, la franqueza, a las veces muy poco discreta, de sus manifestaciones. «Este es un hombre que no se casa con nadie y que le canta las verdades del barquero al lucero del alba... ¡vaya un tío!» me decía yo con los modismos más conversacionales de mi pueblo.

No recuerdo bien ninguna de las campañas de Labouchere; sólo recuerdo su bravia independencia de criterio. No me quedó de él la idea de un hombre de doctrina, propugnador de un sistema coherente de principios, sino la de un original independiente que en cada caso decía lo que pensaba sin dársele un ardito de que ello pareciera mejor o peor a los demás y le ayudase o no en su carrera. Me atraía y encantaba el hombre, no sus doctrinas. Y Figúrense como lo haría si les digo que desde muy mozo profesé el principio de que las ideas son para los hombres y no los hombres para las ideas y puse la entereza de ánimo, una entereza que no se arredra ni ante la confesión de íntimas conversaciones y contradicciones íntimas, antes que no una falsa y decorativa constancia que sacrifica a una consecuencia política insincera y a un prestigio ante las masas la verdadera libertad interior.

Y hete aquí que en el número de la revista inglesa «The Saturday Review» (una revista conservadora, hay que decirlo) correspondiente al día 10 de este mes de noviembre me encuentro con un artículo titulado: «Un original en política» y en el que se pasa revista a una biografía de Labouchere—«The Life of Henry Labouchere»—que ha publicado A. L. Thorold.

El artículo de la «Saturday» trae consideraciones que bien merecen comentarlo.

«Labouchere—empieza diciendo el articulista de la «Saturday»—fue la más rara de las personalidades políticas, un partidario que pensó por sí mismo y que dijo lo que pensó y a su manera» [Figúrense! Porque un político, y más un político de partido, un partidario o partidista, rara, rarísima vez piensa por sí mismo y mucho menos dice lo que piensa, y en cuanto a decirlo a su modo, ¿qué político tiene modo o estilo propio? Como que lo propio del político pienso, del que no es un hombre que hace política sino un político que a las veces hace de hombre, es no pensar por sí mismo sino estar avizorando lo que piensen los demás—y la mayoría de estos tampoco piensan—y expresarlo de la manera que mejor lo entienden sus comitentes y sus compinches, esto es, de la manera más ramplona y más impersonal posible. Como que el colmo de la oratoria mala suele ser la oratoria política, y no hay nada más opuesto a un artista que un político.

«Para poder jugar este papel con buen éxito—sigue diciendo la «Saturday»—o durar largo tiempo, tiene el hombre que poseer una fortuna privada y «Labby» era muy rico, por haber tenido parte su padre en los Hopes, los banqueros de Amsterdam y en la casa de Williams Deacons, la famosa banca de Manchester. Lord Taunton, el hermano mayor de su padre, murió sin hijos y dejó a Labouchere el grueso de su participación en los bancos de familia; y como su padre y su tío murieron cuando era él joven, nuestro «original» político empezó su carrera de periodista y político con una renta anual que llegaría a 15,000 libras esterlinas. En el apogeo de su éxito se dice que la «Truth» le producía 12,000 libras esterlinas al año, y como Labouchere poseía la tercera parte del «Daily News», que vendió por una buena suma, la renta del diputado por Northampton debe haberse acercado más a 40,000 libras esterlinas anuales que a otra cifra cualquiera. Un hombre con 40,000 libras esterlinas al año puede decir y hacer exactamente lo que le plazca, en este y en cualquier otro país, excepto Rusia y si tiene inteligencia y don de expresión es seguro que llegará a ser un factor en la política.»

Ciertamente que 40,000 libras esterlinas, o sea, un millón de francos, de renta anual, es una bonita suma y puede dar la independencia a cualquier político. Pero eso no explica la manera de ser de Labouchere. Este, Labouchere, era un radical, y el articulista de la «Saturday» debe de ser, como los más de los colaboradores de esta revista, un conservador, y en el fondo de sus consideraciones se advierte que quiere decir esto: con 40,000 libras de renta al año bien puede permitirse uno el lujo de ser radical y de decir las verdades al más pintado y despreciar ministerios! Pero se da el caso de que ha habido y hay políticos en Inglaterra y fuera de ella, que teniendo tanta o más fortuna que Labouchere, y no ciertamente más necesidades que éste, han hecho por adquirir o por conservar el poder, lo que aquél no hizo jamás, y a trueque de conseguir ese su propósito han pasado por las mayores humillaciones o por vergonzos-



zosas claudicaciones o han aplicado procedimientos indignos.

No es el más despreciable el aventurero político que va a la política a hacer fortuna o a acrecentarla y redondearla y colocar a la familia; el más despreciable es el que sin una idea noble y levantada, cual es, v. gr., la del engrandecimiento patrio, apetece el poder por el poder mismo, por repartir favores y verse rodeado de una corte de favorecidos que le adulen. A las más miserables transigencias y componendas políticas puede llevarle a uno la codicia, el ansia de enriquecerse; puede llevarle a ellas la vanidad, pueda

también el amor a la gloria, el anhelo de dejar un nombre en los anales históricos y puede llevarle el amor del poder por el poder mismo.

Y cosa curiosa, estos hambrientos del poder no suelen ser siempre, ni mucho menos, almas de tiranos que buscan hacer sentir su prepotencia, no! No es el ejercicio, es la ocupación del poder lo que buscan. Anhelan sentarse en la silla de mando y decir: «¡aquí yo soy el amo!» pero no para mandar, sino para ser venerados como mandones.

«Dicen que al español no le gusta obedecer,—me decía en cierta ocasión un irlandés amigo mío,—pero lo que yo veo es que éste es uno de los pueblos más obedientes, más sumisos y más gobernables». «Así creo también», añadí yo. «Lo que al español no le gusta—prosiguió mi amigo el irlandés,—es mandar y no obedecer. Aquí, en esta ciudad—esto me lo decía en esta Salamanca en que escribo—puede usted permitirse en lugares muy públicos cualquier desahogo y la autoridad no se lo impide por no tomarse la molestia de impedirselo». Y así es la verdad. El característico anarquismo manso que como lenta fiebre consume a España no proviene de que aquí haya espíritu rebelde e independiente, sino de que los resortes de autoridad están gastados por no emplearlos. Y así en cuanto un gobierno intentó pura y simplemente hacer que se cumpliesen las leyes, casi todos los vocingleros que no se hartan de decir y repetir que hay que restablecer el imperio de las leyes se pusieron a gritar llamándole, con notoria injusticia, tiránico al gobierno. Y tengo que hacer constar que no era la orientación política de aquel gobierno la que me es más simpática ni mucho menos. No soy eso que se llama un conservador, pero sí, como Labouchere era, un amante de la verdad, que por encima de las pasiones e intereses de partido, la dice, y la dice a su modo, en cuanto se le presenta coyuntura. Y eso que bien quisiera tener de fortuna lo que Labouchere tenía de renta anual, y no les vendría mal a mis hijos.

«Escribimos estas líneas—dice después el de la «Saturday»—para advertencia de los jóvenes despiertos a quienes el talento literario pudiera tentarles a entrar en la carrera de político independiente sin tener fortuna privada, intento que invariable e inevitablemente acaba en un desastre.»

Entendámonos; si el redomado conservador que ha escrito estas líneas entiende por desastre, no ya el no lograr una posición pública, sino aun el no conseguir que se adopten los principios o soluciones que uno propugna, entonces acaso tenga razón. Pero yo estimo que no es un desastre eso

que se llama ser vencido y que en política, como en todo lo demás, la verdadera y permanente obra que uno deja tras de sí no debe ni puede madirse por lo que llama victoria y éxito el mundo. Hoy están venciendo acaso silenciosamente y sin que sus nombres suenen, muchos que fueron enterrados entre los vencidos. Y «vos victoribus»: ¡Ay de los vencedores!

Claro está que no coloco a Labouchere entre los héroes y los mártires que aceptaron una aparente derrota, que supieron aparecer vencidos. El temple de Labouchere era en rigor más estético que ético, había en él más de un artista que de un asceta, pero a falta de pan, buenas son tortas, dice el refrán, y no pocas veces la estética hace de ética y el arte de ascetismo. Por buen gusto, por sentido de dignidad, estética, por amor al gesto noble, se hace a las veces lo que sería mejor se hiciera por sentimiento religioso del deber. ¡Y quien sabe si la religión no es en el fondo la estética de la ética, la comprensión de todo lo bello que hay en lo bueno!

«Enrique Labouchere—dice el conservador de la «Saturday»,—en la realización de su individualidad, se separó de su familia y de su mundo y se hizo un incorregible bohemio, «an incorregible bohemian». Aquí, en lo de bohemio incorregible, más que en lo de las 40.000 libras de renta, es donde hay que ver el origen de su independencia, de su originalidad y de su amor a la verdad. Observad si no a los grandes caudillos políticos que poseyendo cuantiosas fortunas pactan con el embuste y la farándula para conseguir o retener el poder y veréis cómo de bohemios no tienen nada. Suelen ser o filinticos o beocios, o ambas cosas a la vez. Sus gustos, por lo general gustos groseros. Y al que lleva otro camino le disputan soñador, utopista o cándido.

«Labouchere, como todos los egoístas,—sigue diciendo el de la «Saturday»—escribió y habló incesantemente sobre sí mismo, y como fué miembro del parlamento más de un cuarto de siglo y dueño del «Truth» durante todo ese período, todas sus ingeniosidades y casi todos los incidentes de su variada vida llegaron a ser propiedad pública.» ¡Egoísta! ¡Ya salió aquello! Porque estoy ya harto de oír llamar egoísta o egotista y tratarle de soberbio, de extravagante o de malhumorado a todo el que no se rinde a la farándula o a la ramplonería y no pacta con ellas. El egoísmo de Labouchere fué defensor, amparado en sus 40.000 libras de renta, ¡claro está! su personalidad, su originalidad.

El redomado conservador de la «Saturday» acaba diciendo: «Es imposible decir al pasar en revista su carrera de vivacidad y variedad que la influencia de Labouchere hubiese sido buena. Su cruzada contra los prestamistas e importadores de todas clases prestó indudablemente un gran servicio a la sociedad. Pero un hombre cuya visión de la vida es puramente cínica es capaz de producir imitadores especialmente si el cínico es ingenioso y obtiene éxito.» Sin duda será mejor ser hipócrita. Porque de tal modo se ponen las





cosas que hay que optar o por ser cínico o por ser hipócrita. Y cuenta que en inglés el epíteto de "cynic" no tiene el mismo valor que el de cínico entre nosotros. "Cynic" en inglés quiere decir más bien algo así como inoportunamente sincero.

Y estimo que nunca es la sinceridad más oportuna que cuando más inoportuna parece a los hombres de mundo, entre los que se cuentan casi todos los políticos profesionales, esta raza de hombres que viven de compromisos, transacciones, carnabalachos y concesiones. Y que rara vez hacen traición a sus convicciones, porque no las tienen.

Todo lo cual no es, ¡claro está! renegar de la política. Nada más lejos de mi ánimo. Es más, he sostenido varias veces, y alguna en estas mismas columnas de «La Nación», la necesidad de preocuparse y ocuparse en política. Pero una cosa es el hombre político y otra muy distinta el político profesional el «virtuoso» de la técnica política, el que jamás ha sentido en serio la finalidad última de su patria.

No fué Labouchere, así lo creo, el más elevado tipo de hombre público, ni mucho menos. Le faltó religiosidad, pero el esteticismo de aquel «incorregible bohemio» y su amor al gesto de decir la verdad y no transigir por lograr el poder le elevó cien codos por encima de esos políticos que siendo como él acaudalados se manchan con todo género de torpezas e indignas habilidades no más que por detentar el mando, acaso sin mandar.

MIGUEL DE UNAMUNO.

